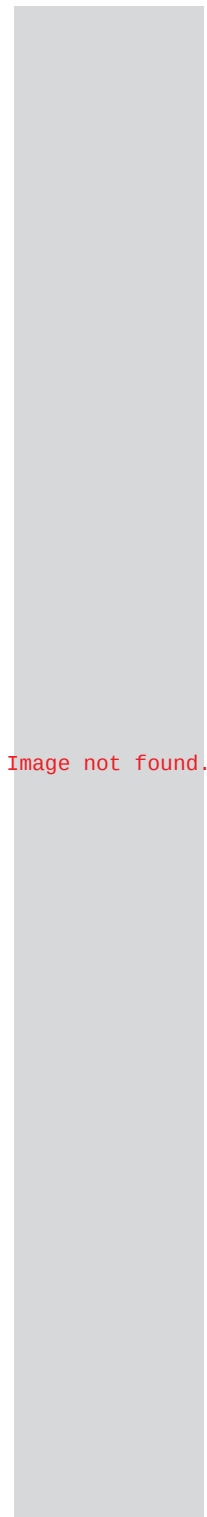


Pesadilla Carmesí

Matías Arias



Capítulo 1

Eran las 9:38 de la mañana, lo supo porque abrió los ojos y lo primero que interceptaron fue el reloj despertador. El artilugio no sonaba hace semanas, ya no había necesidad de levantarse temprano pues estaba desempleado.

Notó también que las manecillas no se movían, estaban clavadas en su posición. El aire se sentía denso y viciado. Las blancas sábanas esa mañana estaban húmedas por el sudor.

Volvió a cerrar los ojos y se desperezó con un gran bostezo. A pesar de sus pesadillas se sentía bien. Le esperaba un gran día.

Reabrió sus ojos cerrados durante el bostezo, y una mueca de sorpresa condimentada con horror se grabó en su rostro. El techo era completamente rojo.

Era como observar un océano carmesí desde abajo, al parecer era alguna clase de líquido, sólo que no caía. Flotaba, ¿estaba contenido por alguna fuerza misteriosa? No lo sabía. La verdad tampoco importaba porque aquel pobre sujeto desempleado había olvidado por completo los pensamientos y sólo observaba ese fluido que se movía donde debería de estar el techo de su habitación.

Trató de levantarse, pero descubrió que su cuerpo no respondía. Respirar se tornaba cada vez más difícil. Entonces gritó, gritó como nunca en su vida, en vano pues ningún sonido producía. La desesperación y el miedo acudieron de inmediato, quería llorar y no podía. Empleó toda su fuerza de voluntad para tratar de levantarse, pero lo único que lograba eran movimientos casi espasmódicos, parecía alguien convulsionando, sufriendo.

La sustancia roja comenzó a deslizarse por las paredes tiñéndolas completamente. Era un rojo fuerte, intenso, casi hipnótico, pero a la vez completamente repulsivo. Al hacer contacto con el suelo, como si tuviera vida propia, empezó a esparcirse hacia la cama.

Y comenzó a subir, comenzó a trepar por las sábanas, el fluido se convirtió en un par de enormes garras que iban tiñendo las telas de rojo. Avanzaban desde los pies hacia la cabecera de la cama.

Perlas heladas de sudor le brotaban en la frente a este pobre hombre. En su desesperación de gritar se le habían hinchado las venas del cuello y la cara, el resto de su cuerpo parecía seguir en un trance muscular.

Las garras ya estaban sobre él. Podía sentir las en sus piernas, podía sentir cómo un frío inmenso iba subiendo por ellas. Era como si su cuerpo fuera muriendo de a poco.

Finalmente llegaron a su cuello, pensó que lo estrangularían, pero no.

Subieron unos centímetros más, rodeando sus labios. Apretó lo más que pudo, pero la extraña fuerza sobrenatural que esa mañana lo torturaba no tuvo competencia. Un tirón violento le dislocó la mandíbula y las garras se sumergieron sin resistencia alguna.

En su lengua el sabor a sangre lo embriagó. Saboreó muerte, y su propia desesperación. Aunque lo que más sintió fue la sed de sangre, de la

sangre misma.

Las garras se sumergían casa vez más en su cuerpo. El dolor hubiese sido insoportable, pero ya no importaba, su mirada estaba perdida en la nada, y el cuerpo ya no oponía resistencia. Pero la mente, la mente es la que estaba consiente bajo ese cascarón inerte que era su cuerpo. La mente sentía cada paso que daba el infernal fluido dentro del cuerpo. Sentía cómo se comía la carne, cómo rasgaba los huesos, los hacía añicos, por Dios santo.

Y gritaba. La mente gritaba, pedía ayuda, suplicaba piedad. Y nadie escuchaba, no había nadie cerca, y la sangre que la inundaba, que usurpaba su cuerpo, no se detendría.

Comenzaba a sentir una presión en el estómago que se iba hinchando de a poco. La sensación era cada vez más fuerte, algo lo estaba desgarrando desde adentro. Podía sentirlo, como una gran uña empujando y rasguñando, empujando y rasguñando. Esa mente podía sentirlo, pero no verlo, sus ojos seguían perdidos.

El estómago estaba llegando a su límite, no podía más, si continuaba hinchándose así explotaría. ¡Su cuerpo explotaría! Sólo un rasguño más, y pensaba: "no lo hagas, por favor no lo hagas". Pero lo hizo, y su cuerpo reventó.

Despertó. Su respiración estaba agitada, la sensación de horror todavía duraba, le temblaban las piernas. Su espalda, las sábanas, todo estaba húmedo por el sudor. Miró el reloj: 9:38 am. Hizo un esfuerzo para calmar su respiración, y lo fue logrando de a poco. Volvió a recostarse más tranquilo y con cautela miró hacia el techo.

El carmesí inundó sus ojos.